

siguieron por donde les pareció, porque para volver atrás no era ya tiempo, é los amigos de Guaymill, viendo sus pocas fuerças é poco número destes españoles, se avian convertido en enemigos, é les tenían aparejada otra albarrada é celada, é no estaban de propósito de los acoger.

CAPITULO VII.

En que se tracta cómo el teniente Alonso Dávila é sus compañeros ovieron otro recuento é batalla con los indios del pueblo de Cochua, que avian muerto los chripstianos que llevaban el presente del oro al adelantado; é cómo los españoles fueron maltractados en este fecho de armas*, é otras particularidades notables que passaron estos militantes é trabaxados varones, hasta que tomaron el pueblo de Chitemal.

La persona y esfuerço y vigilancia y buen atendimiento y gentil conversacion, quel teniente Alonso Dávila tuvo, acompañada de una natural virtud, sin repe- lo ni altivez, é con una liberalidad muy çierta de quanto él tenia para lo comunicar é dar á sus amigos é á quantos con él andaban é le tractaban, fueron causas é partes para ser, como fué, muy bien quis- to, é aun para que si él tuviera ventura de ser conocido de un príncipe poderoso, no pudiera dexar de hacerle grand se- ñor. Viéndose este capitán en la fatiga é trabaxos quel precedente capítulo nos ma- nifiesta, é temiendo muy espeçial cuydado de la salud é salvacion de sus compañe- ros, como de su mesma é propria vida (pe- ro siguiendo su viage), el segundo dia que escaparon de la batalla que se dixo de susso, é dos leguas adelante, hallaron otra albarrada con muchos indios de guer- ra puestos en armas, los quales eran de aquel pueblo, donde avian muerto los seys chripstianos, é tomádoles el oro, como es dicho. É como sabian que los españoles yban contra ellos, estaban aperçebidos é barre- ados con dos muros de madera é ar- boledas é muy fortificados: non obstante lo qual se tentó la batalla por todas estas causas, puesto que con mucha desaven-

* Aquí se lee en el códice original, aunque bor- rado de manos del autor, á lo que parece: «É de los muchos trabaxos, que en suma passaron é cómo

taja: lo uno, porque de neçessidad los nuestros avian de ser acometidos, si ellos no acometieran; lo segundo, porque no tenían ni podían seguir otro camino sino aquel que los enemigos les tenían ocupa- do; é lo tercero, porque de neçessidad avian de buscar de comer, é no lo tenían, ni allí se lo avian de dar.

En fin, venidos á las manos, la bata- lla fué con muerte de muchos indios é con daño de los chripstianos: en lo qual heri- dos los mas ó quassi todos, se retiraron á fuera, quando vieron tiempo para ello, é fueron á hacer noche á un pueblo pe- queño de diez casas, que estaba al tra- vés del camino, donde los guió un in- dio, que solo les avia quedado de los de Guaymill, que les dió la vida; porque todos estaban heridos, é los caballos ássi- mismo é muy cansados, excepto el capi- tán Alonso Dávila, que no fué herido, por- que le quiso Dios guardar para que curas- se é sirviese á todos, como lo hacía y muy bien, puesto que era el primero en los peligros y el que mas trabaxaba con el es- píritu é con su persona. Antes del dia dos horas, començaron á caminar desde aquel pueblo, porque les pareció, y aun assi fuera, que si allí esperáran el sol, ningun- no quedára con la vida; porque despues,

todos creyeron que por la misericordia de Dios fue enviado en su ayuda el apóstol Santiago, por cuyo aviso escaparon.»

en esclareciendo, llegó allí mucha gente de guerra de aquellos con quien avian pe- leado, é de otros que de refresco con ellos se avian juntado, que yban sobre ellos é pensaban hallarlos allí durmiendo.

Siguiendo su honesta fuga, dixo Alon- so Dávila á aquel indio que les avia que- dado de Guaymill, qué le haria grand se- ñor en aquella tierra, si le guiaba á él é á los otros chripstianos al embarcadero de Chitemal, donde avian quedado sus ca- noas, y los llevase por otro camino; y el indio le dixo que assi lo haria. É aquel dia, aviendo andado tres leguas, los apar- tó del camino de Guaymill é los llevó por otro, aunque asperíssimo; é á medio dia llegaron á un pueblo, que no hicieron sino reposar en él media hora, é comieron al- gunas maçorcas de mahiz verde, é passa- ron una laguna de dos tiros de ballesta á vado, y en partes á vuelapié, con harto peligro: que no pareçia sino que como salsa, para comportar el manjar de las fa- tigas passadas, se les ofresçian otras mas ágrias, para que las primeras tuviessen por livianas, é fatigas, seyendo cada una de- llas quassi incomportables y extremadas.

Passados de la otra parte desta agua, avia un plaçel de otra tanta distancia, que ahondaban por él los caballos quassi has- ta las çinchas: é salidos de allí entraron por un arcabuco ó bosque de arboledas é matas muy çerrado, y el capitán Alon- so Dávila yba en la delantera con un ma- chete ó puñal vizcayno, haciendo el cami- no para todos: que no avia otro hombre sano. La retroguardia llevaba don Alon- so de Luxan, y en los caballos no yban sino aquellos que mas faltos de salud ó mas heridos estaban. Entrada la delante- ra desta gente nuestra por el arcabuco, ya muchos de los enemigos començaban á passar fuera de la laguna tras los chrip- stianos con grande grita: é dieron al arma, é detúvose el capitán que llevaba la de- lantera, como es dicho, é volvieron con- TOMO III.

tra los enemigos solos quatro ó çinco es- pañoles á detenerles el passo, los quales, como es dicho, salian ya algunos de la la- guna, gritando, al plaçel que dicho. Es- tonçes don Alonso de Luxan, que yba en la reçaça, hiço apear de su caballo á uno de los heridos que en él yba, é cabalgó é dió la vuelta sobre los contrarios por aquel plaçel, ó mejor diçiendo pantano ó ato- lladero, que primero avian passado ça- hondando: é como començó á batir las piernas con las espuelas, pareció que yba corriendo, como si fuera por muy tiesto é buen terreno, é haciendo rostro á los ene- migos no osaron atender, é se tornaron al agua é á volver por donde venian, lo qual notoriamente pareció cosa miraglo- sa. É ya en esso se ponía el sol, quando tornaron los nuestros á entrar por el ar- cabuco; é visto que no pareçian indios, caminaron adelante. Y el camino estaba tal de algun huracan, é tantos é tan gran- des árboles caydos é arrincados é atrave- sados é mezclados unos con otros, que para andar un poco de distancia es tan grandíssimo trabaxo y estorbo, como de vuestro espacio, señor lector, lo podreys entender en el libro VI, capítulo III, por- que aqui no se interrompa la historia, dando á entender qué cosa son los huracanes. Assi que, volviendo á la jornada, á media noche llegaron á un pueblo de diez casas, donde les fué harto consuelo hallar un poco de mahiz, segund yban neçessitados, cansados é muertos de hambre é sed; é allí se apossentaron, pa- ra reposar hasta quel dia viniessen. É lue- go otro dia, prosiguiendo en su camino tres jornadas, no les faltaba miel, por la abundancia que della hay en aquellas par- tes, de la qual se servian para su susten- tacion á vueltas de otros manjares é amar- gos sinsabores, é tambien para curar sus llagas: que tampoco les faltaban.

Estando una noche Alonso Dávila pre- guntando á aquel indio ó lengua que que

tanto estaban de poblado, dixo que otro dia temprano llegarían al pueblo de Maçanahao, desde el qual á la laguna hay dos leguas, donde avian dexado las canoas; pero que creía que avian de hallar resistencia, la qual nueva pronosticacion ó sospecha puso en mucho cuydado á los españoles, porque yban todos heridos é cansados é flacos; é tenían mas necesidad de reposar é curar sus llagas que de tomar otras.

Luego el capitán, como cathólico, les dixo: «Señores, ya aveys oydo lo que este indio dice, é por lo que aveys experimentado hasta aqui, podemos arbitrar en lo porvenir, aunque no derechamente, lo que ha de ser alcanzado; porque Dios solo es el que sabe perfectamente el fin que todas las cosas han de tener. Pero á lo que la humana flaqueza puede sentir notoriamente por nuestro cansancio y poco número, y por la multitud desta gente bárbara, y porque veen que aborrescemos sus ritos é ydolatrias é les quebramos y rompemos y derribamos sus ydolos, y condenamos y despreciamos las costumbres é manera de vivir, y en fin nos queremos hacer señores y á ellos esclavos ó súbditos nuestros en su patria, en donde nascieron con libertad; claramente está conocido nuestro peligro, é quán aborrescidos nos tienen estos indios, é quán aparejada tenemos la muerte, si Dios con su poder absoluto no nos socorre. Y ya las cosas no están en salvarnos por nuestro esfuerzo é virtuosos ánimos, sino que ha de ser por misterio é quererlo Dios, al qual me encomiendo y os encomiendo, y os pido por merced que en Jhesu Chripsto, Nuestro Salvador, y en su preciosa Madre pongays toda vuestra esperanza, é que muy devotamente le supliqueys que sea su voluntad de llevarnos en salvamento al asiento de Chitemal; é que si de otra cosa es Dios más servido, que aquello se haga, é que

acabemos esta miserable vida, como cathólicos. É luego haçed vuestra oracion con la intencion que los buenos chripstianos deben ocurrir en sus necesidades á su Dios, é vereys cómo soys socorridos é ayudados en vuestra tribulacion.»

Estas é otras palabras devotas dixo este capitán, de manera que ningun religioso pudiera con mas gracia y efecto atraer aquella fatigada compañía á orar con tanto cuydado, encomendándose á Dios atentísimamente. Y assi paresció que sus sóspiros y plegarias llegaron á la Divina Magestad; porque estando todos en mucho silencio, desde á pocas horas entró un soldado en su real dando voces, el qual estaba en la guarda puesto en el camino en vela, é luego los españoles se pusieron en armas, creyendo que aquella vela avia visto ó sentido los enemigos. É como llegó, preguntónele que qué avia visto, é dixo assi: «Estando yo velando algo desviado al un lado del camino, llegó á mí un cavallero acompañado con otros seys ó siete cavalleros, é dixo:—No duermas; despierta, é vete é dí al capitán Alonso Dávila é á los chripstianos que vayan su camino é no teman, é qué venia assi á se lo decir.» Y en el mesmo tiempo que la vela decía lo que dicho, se sintió una sancta fragancia é suavidad de un olor divino que paresció que los avia alentado é confortado, é improviso fecho tan fuertes é sanos que ningun temor les quedó, é á muchos dellos, de goço, les saltaban las lágrimas, é decían á una voz é de un crédito: «Sanctiagó glorioso, nuestro patron de España, es este socorro que Dios por su misericordia con su Apóstol nos envia.» É luego començaron á caminar, é bien paresció ser miraglo; porque entre todos los españoles no yban sino tres caballos, é la vela decía que avia visto seys ó siete con aquel cavallero, que dicho que le habló.

Como quiso amanescer, llegaron á un

pueblo, en que avia muchos indios, é no despertaron, é passaron por él sin haçer mal á ninguno ni ser sentidos: é de allí passados, llegaron adelante á las diez del dia al pueblo de Maçanahao. Y entrados en él hallaron que los indios estaban fuera en el campo, esperando en otro camino á los chripstianos para les dar la batalla, é no avian quedado en el pueblo sino las mugeres y los niños y con hartos bastimentos: é dieron noticia á los indios de los huéspedes que les avian venido, é luego se recogieron mucha gente dellos, é por la clemencia de Dios vinieron de paz é muy trocado su mal propósito. Proveyeron luego de bastimentos é dieron canoas á los españoles, en que se fuessen: que eran las mesmas de los chripstianos, que ya entre sí las tenían repartidas, pen-

sando que todos eran muertos. Y estaban los indios atónitos espantados de vér cómo avian venido hasta allí, é mirábanlos, teniendo por maravilla é imposible cosa estar allí, aunque los veían.

Embarcados en sus canoas, llegaron á su asiento de Chitemal, donde avian quedado un caballo é una yegua é diez y ocho ó veynte españoles, los mas dellos cojos é mancos y enfermos, é halláronlos vivos: que no fué mediocre, sino extremado é grandísimo el goço de los unos é de los otros. É luego tuvieron novenas en la iglesia el teniente Alonso Dávila é los que con él volvieron, dando gracias á Nuestro Señor, porque assi lo avia fecho con ellos: é de los que assi tornaron, murió un español que venia mal herido, é todos los demás sanaron.

CAPITULO VIII.

Cómo el capitán Alonso Dávila é los españoles que con él estaban, desampararon é despoblaron aquella villa é asiento que avian fecho en Chitemal, é se fueron en canoas duplicadas por poder llevar los caballos de la forma é usança nuevamente é por ellos inventada, é de los trabaxos extremados é trances que les acaesçieron *, con que se da fin á esta relacion del comendador don Alonso de Luxan.

Mucha lástima he de aquellos hidalgos é personas valerosas, que militaron en compañía del capitán Alonso Dávila, assi porque el galardón que sus haçañas é proeças consiguieron fué morir al fin sin galardón ni premio de sus servicios, demás de que la eterna vida se dá á cada uno, segund sus méritos; porque quisiera yo que pues en esta vida tan poco ó ningun descanso tuvieron, que á lo menos sus deudos mas propinquos no quedáran sin algun premio para poder haçer algun bien por sus ánimas: lo qual la misericordiosa Iglesia cathólica tiene bien proveydo con la comun é general é continua oracion é sacrificios, que por todos los fie-

les cada dia celebra la sagrada Iglesia militante en todos sus templos de los chripstianos é fuera dellos. Y demás deste sancto socorro para la memoria de tan memorables milites, ovieran menester sus mereçimientos é loables personas otra pluma mas á su propósito que la mia, y que fuera tan bastante en su alabanza é fama que para siempre quedasse puesta é fixada en el acuerdo de los vivos é de los que están por nascer. Resçiban mi voluntad todos esos vivos é defuntos, que por estos trances ya dichos é por los que agora diré passaron, é á vueltas de sus infortunios é miserias, cuenten con ellas mi poca habilidad, si no he satisfecho al col-

* Tambien en esta parte se hallan borradas algunas cláusulas, referentes á la historia, pero de poca

ca importancia, por lo qual no se reproducen.